

JORGE BASTIDE Y LA «FILOSOFIA DEL ESPIRITU»

En homenaje de admiración y de amistad por el Doctor D. Saturnino Alvarez Turienzo, catedrático de filosofía en la Universidad Pontificia de Salamanca, ilustre pensador cristiano, promotor de la moral contemporánea y gran amigo de la cultura francesa.

Unamuno rehusaba ser clasificado. Yo tampoco querría etiquetar al malogrado Georges Bastide, que fue decano de la Facultad de Letras en nuestra Universidad de Toulouse, pues escapa de toda incorporación en una escuela... Sin embargo, este gran profesor, catedrático de filosofía moral, tiene un innegable parentesco espiritual con una familia intelectual típica de sus decenios: la «Philosophie de l'Esprit» («Filosofía del Espíritu»). En su *Histoire des idées en France* (Paris, PUF, «Que sais-je?», 1953, pp.104-105), Roger Daval escribe, a propósito de esta escuela: «La filosofía se ha espiritualizado, tomando conciencia, con Le Senne, Lavelle y Nabert, de que es una reflexión sobre el sujeto en su intimidad y no sobre un mundo objetivo dado como tal o concebido como creado por un Dios. Lo que pone en relieve la Philosophie de l'Esprit es el espíritu, considerado como una actividad concreta que es generadora de sí misma». Desde 1930 hasta 1970 y aun hoy, esta corriente ha marcado la inteligencia francesa (y extranjera). Georges Bastide, que profesaba primero en un grueso Liceo de París (1935-1941), era amigo personal de Louis Lavelle (que enseñaba en el Liceo Enrique IV, antes de hacerse catedrático en el Collège de France); era también amigo de René Le Senne, que profesaba en el Liceo Louis-le

Grand, en el corazón del Barrio Latino los tres. Una tertulia cada semana los reunía en el café de la Rotonde o en el Café de Cluny.

Estos tres maestros colaboraban en la colección «Philosophie de l'Esprit», fundada por Lavelle en 1934 (Ediciones Aubier); simpatizaban en la crónica mensual de Lavelle, sobre la filosofía, dentro del periódico *Le Temps*. Esta «Philosophie de l'Esprit» consiste en un neo-espiritualismo original, enraizado en la tradición francesa de Maine de Biran (emancipándose del sensualismo condillaciano, para acceder a la vida interior), de Ravaisson, de Renouvier, de Lachelier y de Boutroux; se trata de un movimiento hostil al positivismo y al materialismo; promueve el análisis cuidadoso de la conciencia, al revés de todo naturalismo o cientificismo; así como de la escolástica tomista, o del eclecticismo de Cousin; se abre francamente sobre la moral y sobre la metafísica, incluso sobre una experiencia religiosa. Se distingue del idealismo integral o inmanentista de Léon Brunschvicg (apoyado sobre el progreso científico), del bergsonismo (más vitalista e intuicionista, como el de mi maestro Jacques Chevalier), de Maurice Blondel (más próximo al catolicismo), de la fenomenología (un poco ambigua), del existencialismo negativista o nihilista de Sartre o de Heidegger, e incluso del existencialismo cristiano de Gabriel Marcel —fideísta y paramístico— o de Jean Wahl, amigo de Kierkegaard. Esta escuela se funda sobre el *método reflexivo*, minuciosamente conducido, hasta sus más altas potencialidades.

El iniciador de este modo de pensar era Lavelle (1883-1951), de estirpe agnés, estudiante en Lyon, que profesó en varios liceos de provincia o de París, hizo la guerra de 1914-1918 (prisionero, algunos años, en Alemania). Doctor de letras (filosofía) en 1922 (*La dialectique du monde sensible*), fue electo en 1941 en el Collège de France, donde escuché sus cursos de 1946 a 1948, cuando profesaba yo en París. Citemos sus libros: *La présence totale*, *Introduction à l'ontologie*, *De l'être*, *de l'acte*, *Du temps et de l'éternité*, *La conscience de soi*, *Traité des Valeurs*, *Quatre saints*, *Le moi et son destin*, etc.

Puro metafísico, Lavelle admite de entrada el vínculo de nuestro ser con el Ser de los seres (un poco como Zubiri habla de la religación). Releemos *De l'etre* (p. 12): «El yo puede sólo ponerse poniendo el todo del ser, de tal manera que este todo del ser es, no posterior a la posición del yo por sí mismo, pero supuesto e implicado como la condición de su propia posibilidad». El paso laveliano parte del sentido del *acto* humano, insistiendo sobre su aspecto operatorio; el acto es la verdadera realidad del ser; su naturaleza es captada únicamente por el análisis estricto del yo; el acto no es un objeto, más bien el horizonte

dentro del cual se ofrece a nosotros toda subjetividad; es pura libertad, voluntad de ser, eficacia cuya esencia reside en una incesante autocreación.

De dónde una dialéctica de lo eterno presente. «Todo acto, cualquiera que sea, se cumple siempre dentro de lo presente y sirve precisamente para definirlo». (*Le temps et l'éternité*, p. 299). Se desprende de ahí una teoría de la participación, cuyo desenlace es una potente concepción de la relación entre el tiempo y la eternidad. Lavelle llega así a una doctrina de la sabiduría, en conexión estrecha con el Absoluto, es decir el Espíritu, el Ser, Dios mismo, de quien toda existencia deriva por participación; el ser es, de conjunto, el Bien y el Valor. La eternidad nos garantiza la inmortalidad de nuestra alma personal; traspasa toda contingencia y todo mal, así como toda imperfección; al revés, nada es dicho acerca de una eventual resurrección del cuerpo.

Aunque Lavelle no se refiere a ninguna Revelación o confesión eclesial, su filiación cristiana es innegable; sobre todo en *Quatre saints* (libro que prefiero yo entre todos, como lo prefiere Jean Guitton). Lavelle discierne, sin equívoco, la cumbre de la ascensión espiritual, en la vida mística más alta, a través de ascesis, la contemplación y el éxtasis de la santidad: y más particularmente, de San Francisco de Asís, de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Jesús y de San Francisco de Sales. Bastante malebranchista (como lo han apercibido bien Aimé Forest y Etienne Borne), Lavelle raya en el espinosismo, pero lo evita por su rechazo del panteísmo y del intelectualismo.

Lavelle ha tenido muchos discípulos, como se ha podido ver en el Coloquio Lavelle en Agen (1985): Jean Ecole, Paule Levert, Christiane d'Ainval, Jean-Louis Vieillard-Baron, Gérard Fontana, Pier Giorgio Ottonello, Michele Federico Sciacca, Tarcisio Meirelles Padilha, Manuel Mindán, Cirilo Flórez Miguel, Luis Jiménez Moreno, Karl Albert, Guzzo, Carlini, Gilbert Hardy, etc. Ha sido traducido en varias lenguas (entre otras, por José Gaos, en español). Su influencia es muy extensa.

Georges Bastide (1902-1969) sigue por el impulso adquirido de Lavelle, pero en una perspectiva bastante diferente; según él, todo ontologismo es peligroso; sólo el axiologismo le parece aceptable. De otra parte, se revela mucho más atento que sus amigos a la inserción dentro del campo ético e incluso social; su gran *Traité de l'Action Morale* (1961) muestra el deseo constante de encarnación de la moral; misma cosa en sus *Eléments d'éthique fondamentale* (1971, póstumos) o en *Mirages et certitudes de la civilisation* (1947), *Méditations pour une éthique de la personne* (1953), *Les grands thèmes moraux de la civilisation occidentale* (1943), así como en *La conversion spirituelle*

(1965), *La condition humaine* (1939) y *Le moment historique de Socrate* (1939), sin hablar de sus varios artículos. El decano tolosano se compromete contra todas las explotaciones del hombre por el hombre, contra todos los totalitarismos de derecha y de izquierda; promueve, en todos los campos, una praxis esclarecida por la justicia y la caridad, por la luz de Sócrates su modelo, que corona el Evangelio. Sus afinidades con el humanismo de Jaurès, meridional como él, son patentes. Su pedagogía de la reflexión no titubea en tocar el campo político —lo que Lavelle no hacía. Durante sus cursos en el «Instituto de Estudios Políticos» de Toulouse, donde fui su asesor a lo largo de once años, cada semana, llevaba la buena palabra y el espíritu crítico a los alumnos (cf. mi artículo «Philosophie politique et axiologie. La promotion de la société selon G. Bastide», *Les Etudes Philosophiques*, Paris, avril-juin 1970, pp. 167-177). De otro lado, se dedicaba mucho a la historia de la filosofía (Sócrates, Platón, Descartes, Espinoza, Kant, Brunschvicg, su maestro, etc.). En un otro punto de vista, Bastide era más prudente y comedido respecto a toda pertenencia religiosa positiva, por voluntad de preservar la independencia de la filosofía para con toda teología o iglesia.

Ahora hay que interrogarse sobre las afinidades de Bastide con el cofundador de la *Philosophie de l'Esprit*: René Le Senne (1882-1954). De origen normando, alumno de la Escuela Normal Superior y de la Fundación Thiers, profesor en los liceos de provincia y de París, hizo la guerra en el Frente durante 1914-1918; en 1941, fue electo catedrático en la Sorbona; jubilado en 1952. Sus tesis de doctorado (*Le Devoir; Mensonge et caractère*) son autoridades. Del mismo modo, la *Introduction à la philosophie, Obstacle et valeur, Traité de morale générale, Traité de caractérologie, La destinée personnelle, La découverte de Dieu*. Se consagró a la publicación de los inéditos póstumos de Lavelle. Por mi parte, había apercibido ya su alta silueta cuando era alumno del Liceo Louis-le-Grand (donde enseñaba él en Primera Superior); volví a encontrarle en 1946-1948 en la Sorbona. Llamaba su doctrina una «filosofía ideo-existencial».

Cuando Lavelle parte del consentimiento al ser, Le Senne, como Bastide, parte del sujeto cognoscente y luchando, mezclado con las contradicciones de la vida y de la filosofía; en ese sentido, es más romántico que clásico. Formado por el idealismo de la relación, propio a Hamelin, y también por la experiencia moral de Frédéric Rauh, siente fuertemente la distancia entre el yo y el Ser. Prefiere emplear la palabra de Valor para nombrar lo Absoluto. Según el juicio de André A. Devaux («Lavelle et Le Senne», *Actes du Colloque Lavelle en*

Agen, 1985, p. 82), «Le Senne sospecha la ontología de disimular un naturalismo y prefiere una axiología capaz de elevarse por encima de la "oposición entre lo ontológico y lo deontológico" (*La Destinée personnelle*, p. 248)». En Le Senne, todo muestra el primado del análisis antropológico y de la moral sobre la síntesis metafísica.

La experiencia humana, según Le Senne, atraviesa tres fases: la *urgencia*, el *conocimiento frío*, la *inspiración*; en esta última fase, interviene la comunión de las conciencias mediante el Valor, es decir el Amor. Aquí, el hombre descubre a Dios y obtiene, desde este mundo, una cierta buena dicha. Entonces, la voluntad se despliega plenamente; el deber nos conduce a lo Absoluto. Se produce «la inversión de lo extrínseco hacia lo endógeno» (*ibid.*, p. 309), es decir «de lo que se impone a nosotros hacia lo que brota de nosotros» (*loc. cit.*). La duda y las contiendas desaparecen. Tal es la actitud del místico, del héroe, del santo, del gran artista. Con algún optimismo, Le Senne dice: «No hay hombre que, en la mediocridad de la existencia, no oiga la sollicitación del Valor» (*ibid.*, p. 311).

¿Cuál es la naturaleza de los valores? Permanente pregunta, de Nietzsche a Dupréel o Polin. En Hegel, así como en Hamelin, condena Bastide un racionalismo rígido, un idealismo imperialista y orgulloso, demasiado confiado en las potencias del raciocinio *a priori*. Le Senne rechaza el dogmatismo y se interesa por lo concreto y por lo individual o personal. Opta por un espiritualismo moral, hostil al nihilismo de los valores que predica Polin; el relativismo de los valores no tiene razón, todo reduccionismo es falso. «El hombre tiene la cabeza más alta que la sociedad» (*Obstacle et valeur*, p. 261). El subjetivismo psicológico (por ejemplo, el anarquismo o el individualismo caprichoso), así como el subjetivismo *trascendental* (algunos huserlianos) cometen error; es preciso, al revés, proclamar *el absolutismo de los valores*; detrás de los valores particulares, hay el Valor supremo, el Espíritu, Dios mismo. Nuestra libertad nos es dada para nuestro cumplimiento de nuestro deber. La obligación moral es «la invitación a resolver las contradicciones en finalidad» (*Le devoir*, p. 322). La única alternativa es la siguiente: «o naturalizarse o espiritualizarse» (*Obstacle et valeur*, p. 6). El itinerario de Le Senne se termina por una *Caracterología*, imitada de Heymans, pero enriquecida por una cultura muy rica y por un humanismo superior; según Le Senne, hay muchos caminos, muchos temperamentos, muchos talentos para ir a Dios.

G. Bastide se acercaba indudablemente al pensamiento de Le Senne: por su espiritualismo axiológico, en todas partes. Después de la muerte de Le Senne,

el decano tolosano continuó la tradición de la *Philosophie de l'Esprit*; el *Traité de l'action morale* fue editado en la Colección «Logos» (PUF), fundada por Lavelle y Le Senne. Sin embargo, esta filiación tiene algunas diferencias, por motivo de los aportes originales de Bastide. Por ejemplo, Bastide se pone más estrictamente en el campo ético; su doctrina del Valor se aventura mucho menos que la de Le Senne en el plano misterioso de la alta metafísica. De otra parte, su investigación moral no titubea en ahondarse dentro del dédalo de las preguntas más concretas, en lugar de acantonarse en la moral general o teórica. Por último, Bastide aborda con audacia el campo político y temporal, en el *hic et nunc* de su época. Pienso en sus tomas de posición acerca de las guerras, del Estado y sus límites como su misión, del «federalismo universal» de los pueblos (*Traité de l'action morale*); aboga por un «impuesto de la energía», con el provecho de la comunidad mundial y no sólo por la patria (*ibid.*, p. 790). Con respecto a eso, integra y traspasa, a la vez, a Proudhon, Marx, Péguy, Desjardins y Emmanuel Mounier...

Cierto, sería interesante evocar los otros pensadores que se asemejan a Bastide, en la medida en que vienen, como él, de la *Philosophie de l'Esprit*. En primer lugar, Jean Nabert (analista conmovedor del Mal, sobre el cual Rose Mossé-Bastide ha escrito un excelente libro, *Genèse de l'Éthique* (Genève, Patino, 1986). Después Joseph Moreau (de Burdeos, de quien se conoce *La construcción del idealismo platónico, La conscience et l'être*, etc.), Auguste Etcheverry (un jesuita, decano del Departamento de filosofía en la Facultad Católica de Toulouse, autor de *El idealismo francés contemporáneo, L'homme dans le monde, Le conflit actuel des Humanismes, La morale en question*), que concilia un realismo abierto, agustiniano y tomista o suareziano con la filosofía contemporánea; Maurice Nédoncelle (*La réciprocité des consciences*), Pierre Mesnard (el gran pensador católico, amigo de España, director del *Instituto del Renacimiento* en Tours. Habría que pensar también en Aimé Forest (de Montpellier, autor de *Du consentement à l'être, Consentement et création*, etc.) que sintetiza el neotomismo con la filosofía de la conciencia; Jacques Paliard (de Aix-en-Provence al cual se debe *Théorème de la connaissance, La pensée et la vie, Profondeur de l'âme*, vecino de las ideas de Blondel; Joseph Segond (de Aix también, de quien no se puede olvidar *La Prière* o el *Tratado d'esthétique*); Gabriel Madinier (de Lyon), quien, en *Conscience et mouvement* y en *Conscience et amour*, transforma el *cogito* en un *volo*. Es posible aludir también a Maurice Pradines (de Strasbourg y de la Sorbonne, defensor del evolucionismo espiritualista en su *Traité de psychologie* y en *Esprit*

de la religion); Pierre Lachière-Rey (de Lyon, cuyo libro *Le moi, le monde et Dieu* tiene fama); Eugène Minkowski (el bergsoniano parisiense, autor de *Vers une cosmologie*); Jean Anglès, d'Auriac (delfinés, que enseñó en Rennes, del cual es preciso recordar *La recherche de la vérité* y *Enquête du meilleur régime de l'Esprit*); Auguste Valensin (jesuita bien conocido, que ha escrito *Balthasar*); Jean Nogué (*Signification du sensible*), etc. Parece significativo el hecho de que Gabriel Marcel, él mismo, más afectivista que Lavelle, Le Senne, Narbert, Bastide y los otros e incluso irracionalista, haya editado en la colección «La Philosophie de l'Esprit» *Etre et avoir* y *Homo viator*), a pesar de sus divergencias de método y doctrina...

Es tiempo de concluir. Hay en Bastide hermandad espiritual innegable con la «Philosophie de l'Esprit», pero también rastros distintivos muy personales y novadores que no existían en los otros representantes de la escuela: aportes que nuestra actualidad debería aprovechar. Para terminar, citaré un texto muy conocido del maestro tolosano, que describe lo que debe ser una auténtica filosofía: «La filosofía, en su obra profunda, es creadora de valores. No es sencillo conocimiento; no es juego de discurso más o menos hábil y sabio; no es un sistema de saber teórico, por ancho y armonioso que sea; no es una intuición inmediata, tan rica y profunda que sea. Es todo eso en conjunto, pero es mucho más aún. Es la génesis misma de la conciencia del hombre, la maduración del espíritu que, quitando la estrechez utilitaria y el sueño de las costumbres mecanizadas, se sobrepasa, en su profundidad, sin cesar sí mismo, y lucha constantemente contra su propia degeneración. Supone una inquietud permanente, salida del sentimiento de una precaridad del valor que hace su caída siempre posible, y de una permanente voluntad de consistencia, que exige que veamos más en cada instante para no desfallecer nosotros mismos. Es pues generosidad de investigación, don del hombre que se compromete por completo; busca una obra de creación efectiva, obra de vida, de ciencia, de arte, de moralidad; no es ideología, sino ejercicio». (*Les grands thèmes moraux de la civilisation occidentale*, p. 261).

ALAIN GUY